

202

AMERICAN A. A.

ido el se y sig por no soling novitauq el se ainola  
no á escribir una comillanada con el y reserba  
de la Union Americana y otros Jackson, y otros  
menciones de la Union Americana y otros Jackson, y otros  
Que podria ser para que despues se me  
no antes de la Union Americana y otros Jackson, y otros

## CAPITULO XX.

---

### ESPERANZA SIN ESPERANZA.

La hacienda del Olmo perteneciente á la familia Guzman, se encontraba situada al Norte de la hacienda de Santa Gertrudis, perteneciente á la familia Cadena, y el caserío de la una se divisaba bien de la casería de la otra; estaban ambas divididas por anchos fosos y elevadas cercas de piedra, una vez que sus dueños habian sido, por asuntos de intereses, enemigos mortales. La primera de esas fincas habia progresado muchísimo, debido á que su propietario, además de haber estado dedicado personalmente á atenderla y administrarla, no se habia metido en política ni gastaba mucho lujo, mientras que el dueño de la segunda que era Don Ramon de la Cadena, habia sido primero realista, despues iturbidista y por último, centralista, todo lo cual, juntamente con el esplendor á que se trataba, le habia costado el dinero, y sobre de Texas, y mas au.

todo, habia gastado bastante en los pleitos sobre terrenos y aguas en que siempre lo habia vencido la familia Guzman, motivos, como hemos dicho antes, para que la odiara y por los que también habia menguado su propiedad hasta el punto de no conservar mas que el casco de la hacienda y unos pocos de terrenos que la habian rebajado á la categoria de rancho.

Habian transcurrido algo mas de diez años desde la última vez que hicimos mencion de estos nuestros personajes y, naturalmente, unos y otros habian pasado por diversas vicisitudes, segun los trastornos en que el mismo país estaba envuelto, cuando á la vez se encontraban las dos familias en sus respectivas fincas por ser el tiempo de las aguas y de las labores, y en los momentos en que penetramos á la casa de la hacienda de Sta. Gertrudis veremos en una pieza á D<sup>ca</sup> Ana, ya demasiado vieja, teniendo en sus rodillas á una preciosa niña muy vivaracha y muy decidora y á pocos pasos á Esperanza, que, á pesar de sus treinta años, conservaba la misma belleza que tenia cuando era una damita de la emperatriz, de diez y seis años, teniendo una labor de costura.

En uno de los momentos en que salieron la señora grande y la niña, se presentó una mujer de la cuadrilla á Esperanza, quien despues de saludarla y de decirle algunas generalidades, le dejó un papel en las rodillas ausentándose luego á toda prisa.

Esperanza leyó: "Vida mia. He venido á casa por muy poco tiempo porque estoy perseguido. Deseo

mucho verlas tanto á tí como á mi hija. ¿Me podrás negar tal dicha, Esperanza? Las espero esta tarde, antes de meterse el sol, en el arroyo de los pinos en donde nos vimos hace cuatro años.—Tuyo siempre, siempre.—RICARDO.”

Esperanza cambió de color, sintió que se le quería salir el corazón del pecho y murmuró temblando:

—Por fortuna mi padre salió hoy para México y mi madre no sospechará nada ni querrá acompañarnos, por temor á las lluvias. Iré, Ricardo, seguramente que iré y te llevaré á la niña.

Cualquiera que hubiera observado á Esperanza en el resto del día, la habría visto desasogada y nerviosa, contestando con distracciones cuando se le dirigía la palabra y dirigiendo la vista con frecuencia á un enorme péndulo que había en el comedor. Cuando notó que eran las cuatro empezó á mirarse en el espejo y á hacer uso de afeites que tenía antes casi abandonados, lo mismo que á correr hácia su ropero para buscar un vestido algo mejor que los de costumbre, una flor y algunos otros dijes de esos que sirven para hermopear á las mujeres y que ella con toda seguridad no necesitaba. Con el mismo empeño peinó y aderezó á la niña diciéndola con frecuencia:

—Estate quieta, Ana, no te muevas tanto, Anita, mira que ahora vamos á hacer un paseo muy precioso.

—Pero á donde vamos pues?

—A donde siempre, á los alrededores, á cortar rosas al pie del arroyo, pero nos puede encontrar al-

guien, porque ahora hay en las fincas cercanas muchos vecinos y tenemos que atravesar por la carretera.

La abuela se opuso un poco á que salieran porque había nubes amenazadoras en el horizonte; pero Esperanza insistió de tal modo y supo alegar tan buenas razones, que la hizo convenir en que era necesario aquel paseo para la salud de la niña, aunque á trueque de que habían de ir acompañadas de gentes de confianza y con todo género de precauciones.

Por fin, salieron á las cinco y media la madre y la niña acompañadas de dos criadas y de dos mozos. Esperanza no hizo mucho alto en aquella compañía estorbosa; ya se proponía en su interior alguna manera de alejar á aquella gente un poco del lugar de la cita. Ella mandaba y de seguro que tenía que ser obedecida por mas extraño que fuera lo que mandara.

Luego que estuvieron cerca del bosquecillo que formaban los árboles al borde del arroyo, dijo á sus acompañantes:

—Ustedes se quedan aquí y yo voy á aquel punto en busca de una persona que me ha de estar esperando. Cuando yo llame irá Nicolasa con la niña y ustedes se quedan aquí esperándome hasta que les hable.

Dicho esto se fué corriendo sin atender á las observaciones que le hacía Anita como niña mimada.

Ricardo estaba allí esperándola despues de haber dejado su caballo al otro lado de la cerca que limitaba los terrenos de la hacienda en las manos de su asistente.

—Esperanza!

—Ricardo!

Fueron las dos exclamaciones que se oyeron, á las cuales se siguieron una tempestad de abrazos y besos por parte de Ricardo y otra de sollozos y de caricias por parte de Esperanza. Cuando hubo calmado un poco en ambos la grandísima emocion que experimentaron, Esperanza dijo:

—No puedo permanecer mucho tiempo aquí, porque han venido otras personas acompañándome y mi madre me espera en la casa.

—Trajiste á mi Anita?

—Allí está.

—Quiero verla.

—Sí, sí; pero dime antes.....

—Qué quieres que te diga? Que las circunstancias, y más que todo, la desesperacion en que me tiene la invariable tenacidad de D. Ramon, me ha obligado á seguir mezclándome en la política y siempre con los partidos que pierden y que son perseguidos de muerte por los triunfadores. Ultimamente me ligué con Arista, porque este afirmaba que procedía de acuerdo con Santa-Anna, como así era en efecto, pero este nos traicionó, fuimos derrotados, se nos espatrió y yo, buriando la vigilancia de las autoridades de Veracruz, volví á tierra cuando Arista fué reembarcado, y con asuntos de mi jefe y con asuntos míos, vine á México, y como lo que más me interesaba era verte á tí y ver á mi hija, ver á los dos pedazos de mi corazon, me aventuré tambien á venir á la hacienda á todo ries-

go, aunque entiendo que ya no hay tanto, porque las persecuciones han calmado desde que acaeció la muerte de Barragan. Por otra parte, Santa-Anna se fué á la guerra de Texas y tal vez esté próxima la oportunidad de que venga Arista que es amigo mío y que me dispensará toda su proteccion cuando la necesite... Pero, vida mia, perdóname, si te estoy molestando seguramente con las cosas políticas que no deben interesarte, cuando no debia hablarte mas que de mi amor que permanece tan puro y tan profundo en mi corazon como el primer día.

—Al contrario, Ricardo, me interesa muchísimo saber todos los trabajos que has pasado y cuales las esperanzas que abrigas para el porvenir.... ¡si no pienso yo en otra cosa de día y de noche!

—Ahora háblame de tí, dime si sufres, dime si necesitas de mi apoyo en tu situacion, dime lo que quieres que hagamos.

—¡Ay Ricardo! las lágrimas que yo he derramado por tí, los pesares que he sufrido, los tormentos que en silencio me han hecho devorar mi falta, son indescriptibles, amigo mío... Si no fuera por tu recuerdo... si no fuera por esa inocente que ignora hasta el presente que soy su madre, y mas aún, que no sabe lo que le ha de costar la mancha que lleva impresa en su propio nacimiento ..... si no fuera por Ana.....

Esperanza no pudo continuar porque su voz fué ahogada por los sollozos. Poco después continuó así reanimada por las caricias de Ricardo:

—Mi padre solo vive, porque Dios es grande, por-

que la vida que lleva, no es vida. Va á México, solo para los negocios muy precisos y á defender un poco sus intereses, cada vez que se los quiere apropiár el gobierno. El resto del tiempo lo pasa en la hacienda encerrado, sin hablar con nadie, paseando muchas noches por los corredores, como si fuera una sombra, siempre triste y siempre meditabundo. Hasta hace muy poco tiempo, se colocó un momento á la niña en las piernas, la dió un beso, y casi rechazándola, se levantó y se fué á su cuarto pálido como un muerto. Mi madre también ha envejecido, al grado de que parece una anciana de ochenta años. Y yo... figúrate lo que sufriré viendo os sufrir... figúrate lo que sentiré pensando en mi suerte y en el porvenir de esa niña...

—Si yo hubiera muerto, Esperanza, si yo fuera un olvidadizo y un desnaturalizado y un canalla, si yo no las amara tanto á las dos, habria motivos para llorar y desesperarse; pero yo no aliento mas que para ustedes, yo no pienso mas que en salvarlas, yo no quiero sino que llegue un día en que puedan ser felices.

—En verdad, Ricardo, todo eso es mucho consuelo para mí, pero mis penas no dejan de ser penas.

—Traeme á la niña, Esperanza.

—Antes es necesario convenir en el pretexto que haya para presentártela, porque ya está grande y es muy inteligente.

—Me pones en duro aprieto, porque es la primera vez que voy á abrazarla. En la otra ocasion apenas me la dejaste ver á distancia y entre los árboles, porque estaba presente la señora doña Ana.

—¿Has reflexionado, pues, en que es un paso muy imprudente el que vamos á dar?

—Yo no he reflexionado nada, no he pensado mas que en que voy á verla, en que voy á estrecharla contra mi corazón.

—Si le decimos que se calle sobre este encuentro, encontrará extraordinario que se le haga tal recomendación; si no se le dice nada, todo lo referirá despues y descubrirá la entrevista nuestra, y todo esto tendrá para mí funestos resultados.

—Pero se hace tarde, el cielo está sombrío, no tardará tal vez en llover y en difundirse la oscuridad.....

—Pues voy á llamarla, y Dios dispondrá de nosotros.

Esperanza salió de entre los árboles, y gritó con fuerza:

—Nicolasa, trae aquí á la niña.

Ricardo se cubrió tras un arbusto para poderla contemplar á su satisfaccion cuando llegara. El sol llegaba á su ocaso, estaba ya medio cubierto por las nubes, pero aun reinaba bastante claridad.

La niña llegó brincando y repitiendo: Esperanza, Esperanza.

—Aquí estoy, Anita: voy á presentarte á una persona que te quiere mucho.

—¿Quién es? ¿dónde está?

—Aquí, contestó Ricardo, apareciendo y tendiéndole los brazos.

Esperanza se asustó y se refugió en el regazo de su madre.

—Anita, querida niña de mi alma, exclamó Ricardo siguiéndola, alcanzándola y estrechándola contra su corazón.

Anita dió un grito y pugnó por desacirse de los brazos de su padre.

—Véle bien, hija mia, le dijo Esperanza con mortificación, fíjate en sus ojos á ver si no le quieres.

Ricardo estaba llorando.

Anita alzó la cabeza para verlo, y dijo á su mamá con sencillez:

—¿Por qué llora?

—Por el gran placer que siente mirándote.

—¿Pues quién es este señor.....?

—Es ..... es una persona de la familia.

—Y ¿por qué no viene á casa?

—Porque está oculto ..... porque lo vienen persiguiendo sus enemigos..... por las cosas de la política, hija mia.

—Que se venga con nosotros y no le harán nada... yo le esconderé en mi alcoba y le cuidaré..... ¿se viene vd. á nuestra casa, señor.....?

—Vida mia de mi alma, dijo Ricardo siempre derramando lágrimas, ¡y qué sentimientos tiene tan nobles y tan hermosos!..... Yo te amo, Anita, yo te amo mas que si fuera tu padre.

—¿Y mi abuelita conoce al señor? preguntó la niña ingénuamente.

—Sí lo conoce, y mi padre tambien, pero están enojados con él porque se fué á la guerra.

—¡Ah! ¿luego es militar?

—Es coronel.

—¡Ay qué gusto, si tuviéramos un coronel en la casa!

—Es imposible que vaya, porque mi padre se lo ha prohibido en virtud de que son de opiniones diversas. Tu no comprendes las cosas de la política.

—Si las comprendo, ¡vaya! Mi abuelito es español y este señor que es mexicano ha de haber peleado contra los españoles.

—Eso ya pasó; ahora son otras las opiniones en que están divididos los Señores, mas ardientes tal vez que aquellas de la guerra de independencia.

—Bueno, pues yo me encargo de contentarlos á todos. Yo quiero mucho al Señor coronel ..... ¿cómo se llama?

—Ricardo.

—¿Y qué más?

—De la Cadena.

Una nube pasó por el semblante de Ana, algo como un recuerdo de haber oído ese nombre pronunciado hasta con cólera por el abuelo.

—¡Ah! suspiró, positivamente no puede venir á casa.

Tras esto dijo Esperanza que estaba como sobre brasas.

—Es hora de irnos, despídete y váyanse yendo tú y Nicolasa, que luego las alcanzo.

Ana abrazó á Ricardo con tristeza; él estampó un beso en la frente de la niña acompañado de ardientes lágrimas. Y ella se fué, todavía volviendo la cabeza

como para mirarle bien y no olvidar aquella fisonomía.

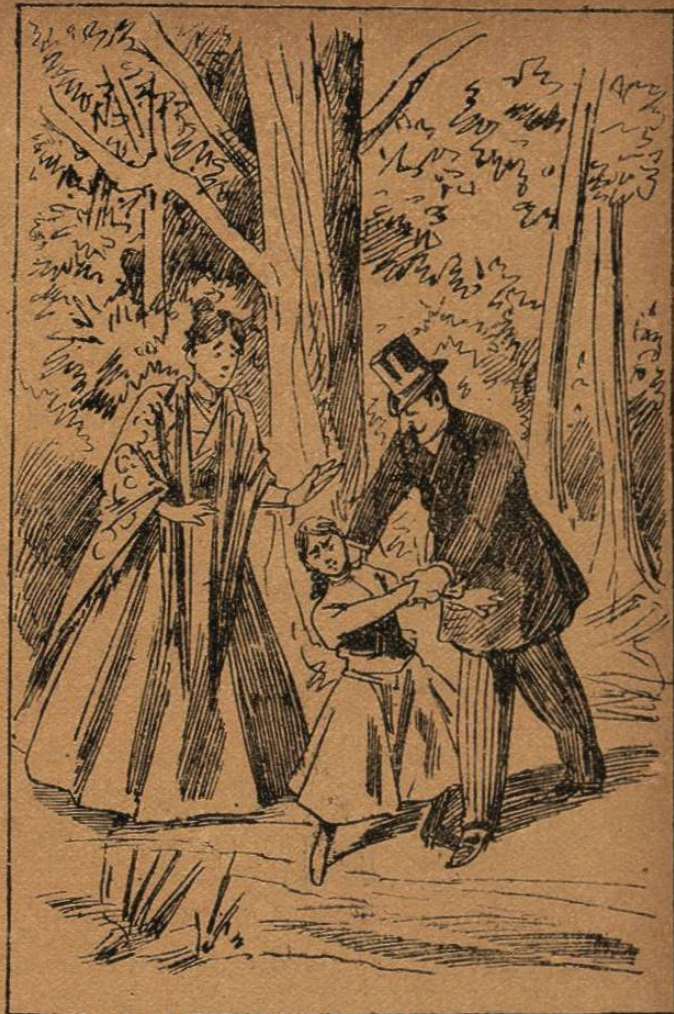
Luego que desaparecieron llegó su turno á Esperanza.

—Amado esposo mío, ¡adios!

—Si, tu esposo opóngase quien se opusiere. Yo volveré.....

—Ricardo, hay ocasiones en que no se puede luchar contra la suerte, ¡adios!

Lo abrazó, le dió un beso y se alejó corriendo, espantada de lo que acababa de hacer.



Anita dió un grito y pugnó por desasirse de los brazos de su padre.